

ACERCA DE UN MALESTAR DE EPOCA (*)

FLAVIO PERESSON
EVA MARIANI
FLORENCIA SAINTOUT

**Flavio Peresson es
Investigador y Profesor
Titular de la cátedra Teoría y
Técnicas de la Actividad
Grupal de la Facultad de
Periodismo y Comunicación
Social (UNLP)**

**(*) Este trabajo fue realizado
en el marco del
Proyecto de Investigación:
"Drogadicción, Medios,
Cultura: Un intento de
articulación", cuyo Director
es el Profesor Juan Angel
Magariños de Morentín.**

1. Nos veríamos tentados de partir del siguiente dicho: **"Drogas y adictos han existido en todas las épocas"**.

No cabe duda que este dicho tranquiliza a quien lo enuncia, dado que:

- . propone una afirmación que invita a la certeza;
- . oferta un conocimiento bajo la especie de lo bien sabido;
- . sugiere respetar el curso natural de las cosas.

- enuncia algo así como la existencia de un orden más allá de los acontecimientos, y el conocimiento como reafirmación de este orden, tan intangible como esencial al mismo tiempo.

Nuestra investigación se propone considerar tanto a los "dichos" como a quién lo "enuncia", haciendo de la afirmación un interrogante: **"¿Drogas y adictos han existido en todas las épocas?"**. Abriendo también el interrogante en relación a quién lo dice.

Si se tratara siempre de un mismo hecho o fenómeno, el centro de la cuestión derivaría a la sustancia y al organismo "receptor", a sus propiedades intrínsecas, dado que se podría querer encontrar en la química de las mismas y en el órgano, el sustento material, inamovible, la causa eficaz del fenómeno.

Definimos como una ilusión reduccionista este planteo. Debemos decir que nos interesa la drogadicción en tanto uso y costumbre, modalidad, manera, rito, norma, moda...

Estaría de más hacer la referencia que en otros momentos históricos, lo que hoy denominamos "droga" tuvo varios sentidos: fue un elemento de dominación; fue la resisten-

cia del dominado; fue aquello que era parte de los ritos religiosos, donde la droga adquiere el significado de lo "ingerido" en común, posibilitadora del vínculo con los otros en una suerte de comunión entre el grupo y aquello que los constituía como tales; fue disparadora de la creación artística; fue goce fundamentalmente privado.

Si la cultura "naturaliza" los sentidos, esto genera la ilusión de lo permanente, de un "siempre lo mismo", donde se trataría de la misma sustancia, el mismo sujeto, el mismo acto.

Oscurece el tratamiento de la cuestión, la aparente identidad del "hecho" si centramos el análisis en la relación drogadicto/sustancia, que parecería ser siempre una misma experiencia, y no pensamos que esto se articula en cada momento y para cada sujeto en una trama de representaciones donde la singularidad del consumidor se entrama con un universo de representaciones culturales. Es decir, no es la misma experiencia de la droga en todos los sujetos, ni es la misma representación en todas las culturas y momentos.

Diferentes prácticas discursivas se ocupan del tema: la medicina, la religión, lo jurídico, la filosofía. Creemos que el objeto "adicción" resulta del entrecruzamiento de numerosos discursos.

Estos discursos centran la cuestión en cuatro conceptos: una sustancia, un organismo, el contagio, y el exceso de cantidad. La drogadicción aparece descripta siempre en relación a un exceso, a una cantidad en más ("uso y abuso", "uso indebido", tan habitua-

les en los análisis sobre el tema), que la diferencia de otro tipo de consumo de sustancias.

Creemos que el fenómeno que se observa en la actualidad nos habla de algo nuevo, diferente, que necesita ser pensado de otra manera.

Las preguntas que nos genera esta cuestión son esencialmente dos:

¿Qué peculiar trama de representaciones circulan sobre este fenómeno en los discursos públicos?

¿Qué están soslayando, negando, ocultando, dejando de lado, estos discursos públicos?

Pensamos abordar esta cuestión en relación a dos ejes que implican un cierto descentramiento del tratamiento que habitualmente se hace de este tema. Estos son la cultura en su sesgo de contemporaneidad; una teoría del sujeto aportada por el psicoanálisis, y los medios como texto privilegiado donde se puede leer la manera en que se construye actualmente el decir sobre la drogadicción.

DISCONTINUIDADES I

Medios, Comunicación y Cultura

Durante años, desde el funcionalismo norteamericano o desde la crítica frankforiana, el estudio de los medios masivos de comunicación estuvo marcado por una concepción instrumentalista.

La pregunta que se hace el funcionalismo en los años 40 es acerca de la función que cumplen los medios de comunicación en las "nuevas" sociedades de masas, sobre qué es lo que aportan a los objetivos de equilibrio e integración del sistema.

Los medios serán los encargados de unificar, de dar un **único nombre** a esta nueva sociedad donde no hay conflictos de clase.

La utopía macluhiana de la Aldea Global (la Cruel Aldea Global, como definirán algunos) aparecerá sostenida más tarde desde este lugar.

Para la Teoría Crítica los medios masivos legitiman la dominación, haciendo posible la lógica capitalista.

Desde aquí, terminada la Segunda Guerra Mundial, aparecen explícitos dos pensamientos, dos propuestas teóricas sobre las "nuevas" sociedades de masas, que oponiéndose entre sí signan las posibles articulaciones entre medios, sociedad y cultura: el funcionalismo, identificando cultura de masas con democracia; los críticos, cultura de masas con totalitarismo.

Ambos planteos coinciden sin embargo en un punto: no hay fracturas, no hay discontinuidades.

El Receptor en escena

Comienzan los estudios de recepción.

El receptor exige ser nombrado. O el "perceptor", como lo denomina Prieto Castillo intentando quitarle al término receptor la connotación de pasividad que en los estudios de la "Communication Research" ha tenido históricamente (el receptor es aquel que tiene la capacidad de recibir).

La relación de simetría: mensaje/efecto, emisor/receptor se quebraba.

Lejos quedaban los estudios de la audiencia en los que se pensaba al "recibidor" desde la teoría de la aguja hipodérmica de los años 30, en la que la información era inyectada por el emisor bajo la piel de un inactivo espectador.

El famoso esquema de Lasswell (quién/dice qué/por qué canal/a quién/con qué efectos) muestra la parcialidad absoluta que enmarcan estas visiones de lo comunicacional: su mecanicista simplicidad describe la verticalidad y unidireccionalidad donde un emisor todopoderoso provoca a través de un canal neutro efectos en un receptor indefenso.

Hasta aquí, el silencio del Otro lado. Los Otros sin voz, los mudos.

La idea comienza a revisarse. Ya en 1974 Heriberto Muraro en la Argentina esbozaba una tesis: **si los medios manipulan las nece-**

sidades del público, muchas de éstas deben ser en última instancia reales, legítimas y no exclusivamente el resultado de lo que antes denominábamos el proceso de auto-recuperación del sistema. Aparece en los ámbitos académicos un nuevo lugar: el de una recepción activa, más dinámica, en el que se vislumbra la posibilidad de apropiación y uso de los mensajes mediáticos, a través de experiencias y saberes cotidianos. Esta resemantización de los mensajes dominantes juega en el campo de la resistencia y luchas populares.

Pero también se desata un proceso inverso que embadurna de inocencia el campo de la emisión, ya que si todos los mensajes son pasibles de usarse modificándoles el sentido, ya no importa ni la denuncia ni la confrontación. Se cae en la tentación de pensar que en última instancia el poder reside exclusivamente en el receptor-consumidor. Al mismo tiempo, se llega a una concepción purista de la cultura popular donde la heidiondez de lo masivo no penetra.

Las discontinuidades y los medios masivos

Frente a esto, con esto, en una sociedad donde "hace tiempo que todo lo sólido se ha desvanecido en el aire" en el campo de lo comunicacional se abre una nueva perspectiva ligada a la aparición de la subjetividad, al nuevo sentido que en la modernidad tiene lo popular (revalorización del conflicto más allá de sus expresiones tradicionales que lo reducen a lo partidario o político, aparición de nuevos sujetos sociales) a la relación de lo masivo con lo popular y al contradictorio movimiento que allí se realiza.

Comienzan a tomarse en cuenta los procesos antes que los objetos. Aparecen en escena nuevos sujetos sociales que no son solamente las clases sociales, entendidas exclusivamente por su posición en las relaciones de producción económica. Se comienza a hablar de movimientos sociales, es de-

cir, se incluyen además de la participación en los procesos productivos las demás prácticas, hábitos, creencias que dan identidad a los grupos, esas prácticas y discursos que se realizan también fuera de la producción, sin que por eso los conflictos sociales se diluyan en interpretaciones puramente simbólicas o culturalistas.

Estrechamente ligado a esto las concepciones de reproducción social que la tradición sociológica ha comenzado a construir recientemente y que Enzo Mingione (1993) ha descrito como teorías **“en las que la reproducción social aparece como una variable independiente de los imperativos de desarrollo de la producción en el referente a la división del trabajo, la acumulación de capital o la difusión del comportamiento económico racional y que es capaz de determinar las pautas de la conducta humana y de la organización social”**. La unidad de la reproducción social en la mayoría de los casos es el hogar. La más importante agrupación social donde se inserta estrechamente el hogar es el sistema de parentesco/fraternidad con sus diferentes desarrollos sociohistóricos.

Es imposible pensar la cultura contemporánea excluyendo lo masivo, ni lo masivo puede pensarse desconociendo lo popular, “el mestizaje, la trama de discontinuidades culturales, de formaciones sociales y estructuras del sentimiento, de memorias e imaginarios que revuelven lo indígena con lo rural, lo rural con lo urbano, el folklore con lo popular y lo popular con lo masivo” (Barbero, 1987).

Néstor García Canclini (1987) propone tres cuestiones a tener en cuenta al analizar la articulación medios/cultura:

1. La hegemonía: entendida como un proceso de dirección política e ideológica en la que una clase o sector dominante se apropia del poder, existiendo a la vez espacios donde los grupos dominados desarrollan prácticas independientes y no siempre funcionales para la reproducción del sistema.

Es este el concepto de hegemonía gramsciano que cuestiona las interpretaciones economicistas del marxismo, de acuerdo a las cuales las clases subordinadas tendrían uniformemente la conciencia de las clases dominantes, es decir, no tendrían conciencia propia.

Pero Gramsci pone énfasis en la idea de que todos los hombres son intelectuales, tienen una experiencia propia del mundo en contraposición a una estructura social determinante y reconociendo su importancia relativa. “Cada hombre considerado fuera de su profesión despliega cierta actividad intelectual, es decir es un “filósofo”, un artista, un hombre de buen gusto, participa de una concepción del mundo, tiene una conciencia línea de conducta moral y por eso contribuye a sostener o modificar una concepción del mundo, es decir a suscribir nuevas formas de pensar” (Gramsci, 1972)

2. El consumo: Abarca los procesos, las luchas sociales de apropiación de los productos materiales y simbólicos. En este sentido explica Canclini, el consumo es mucho más que el repertorio de actitudes y gustos catalogados por las encuestas funcionalistas, o el área donde se complementa al proceso productivo, donde se realiza el producto como decía Marx. El consumo es el lugar donde se continúan los conflictos de clase, originados por la desigual participación en la estructura productiva. Es también el concepto clave para comprender la vida cotidiana, desde el cual podemos entender los hábitos que organizan el comportamiento de distintos sectores, sus mecanismos de adhesión a la cultura hegemónica o distinción grupal de subordinación o resistencia. El consumo como apropiación desigual del capital cultural y en cuanto espacio de producción cultural inserto en las prácticas cotidianas.

3. Las formas propias de organización de los sectores populares y de resolución de sus necesidades: Los sectores subalternos tienen sus propias instituciones que no

siempre son funcionales al sistema y sus redes de solidaridad.

Estos tres aspectos aparecen en el análisis relacionados dialécticamente, entendiendo que nunca existen sin contaminarse entre sí, sino cruzados y con la dinámica propia de lo social.

El estudio de la recepción y del consumo descentraliza el papel de los medios permitiendo preguntar, “practicar” desde las mediaciones.

Así, analizaremos el discurso que aparece en los medios masivos como lugar de prácticas sociales, donde es posible leer los juegos estratégicos de reconocimiento, de negociación, de mediación y exclusión. **“Oponer lo que en él habla**, esto es los conflictos sociales, políticos, económicos, libidinales; **con lo que dice**, esto es la retórica de la felicidad, del bienestar, de la libertad, de la paz, etc. Oponer lo que habla el discurso de la mediación a lo que dice es descubrir lo que censura y niega. De esta forma la negación que opera resulta siendo afirmación de lo negado”.

(Barbero, 1987)

Aparece la posibilidad de pensar la cultura y los medios en relación a las discontinuidades, lo diverso, lo simultáneo de lo conocido y no conocido, en oposición al ideal de unidad. Estos desarrollos nos permiten sustentar la siguiente posición: tomando los medios como mediaciones, es que pensamos analizar los enunciados que allí se tramitan, desde sus discontinuidades, en relación al tema que nos ocupa.

DISCONTINUIDADES II

El sujeto, el objeto y la cultura contemporánea

Partimos de lo que señalábamos en el proyecto de investigación:

“El ser del hombre es un ser en pérdida, es decir, un sujeto no correlativo de un cierto objeto que le proveería satisfacción a sus

necesidades; sino partiendo que el sujeto (sujeto) de la cultura (de lo simbólico) sufre una doble inadecuación: la que se produce entre el sujeto y lo natural y entre el sujeto y el objeto. (Freud, 1905)

“Es necesario destacar que no hay sujeto humano por fuera del lenguaje, el lenguaje lo antecede, lo constituye como ser simbólico (Lacan, 1953/1957). ¿Qué implica el ser simbólico?. Podríamos afirmar que el lenguaje rompe una continuidad natural entre el ser y la cosa. Tanto el ser como la cosa serán representaciones (...) (Lacan, 1953/1957).

“Si bien el sujeto tiene una ganancia en el orden de lo simbólico ello es correlativo a una pérdida en el orden de lo real. El sujeto habitado por el lenguaje en tanto habla revela permanentemente ese desarraigo de lo real: esta operación da como producto un ser en permanente pérdida, y en permanente búsqueda de algo equiparable a lo perdido. (Lacan, 1956/1957)”. (Peresson, Mariani, 1992)

Miller (1990) llama a esta operación que instala una pérdida en lo humano, “metáfora original”:

PALABRA

— OBJETOS

Esto es: la palabra produce la desaparición de la cosa real; al lugar de ella vienen los objetos en tanto invención o producto de lo humano.

Esta metáfora en tanto sustitución tiene un efecto, que es la producción de un lugar vacío. “En ese lugar vacío, a partir de la palabra, se crean objetos que son a su vez hijos de la palabra -esos objetos, nuestros objetos, que no tendrán otro estatuto de existencia que su consistencia lógica; basta una nada, una variación significante, para que los objetos que a ustedes les parece lo mejor constituido del mundo pierdan su consistencia lógica”. (Miller, 1990). Es decir, lo simbólico introduce al viviente en el reino de la combinación y la sustitución.

Desde que habla, el sujeto hace experiencia de su división, ya que deberá oscilar entre una identificación que lo petrifica pero no lo significa (“soy...”), y una búsqueda de sentido que sólo lo será en parte, ya que para que se produzca una significación un significante deberá remitir a otro.

Sin embargo, el sujeto del psicoanálisis no es producto de una posición idealista. Si bien Lacan ocupa la primera parte de su enseñanza en la desustancialización del sujeto, mostrando al sujeto en afánisis, en borramiento, dividido por su propio discurso, el resto de su obra estará centrada en aquello que es sustancia e inercia, lo que queda fuera de lo simbólico. Lo real en el sujeto, lo que queda fuera de lo simbólico, tiene para el psicoanálisis el nombre de “goce”.

Dirá entonces que la división del sujeto, aquella debida al lenguaje, a lo simbólico, tendrá dos consecuencias: el sujeto del significante y el sujeto del goce.

La encrucijada del sujeto consiste en una elección. Elección forzada y en realidad ficticia, ya que en realidad la única elección posible es aceptar la pérdida (Decíamos: “Si bien el sujeto tiene una ganancia en lo simbólico, ello es correlativo a una pérdida en el orden de lo real”) Lacan (1964) presenta esto con un ejemplo célebre, el del vel de la alienación: “la bolsa o la vida!”, que es en realidad la elección entre la muerte o la vida con la pérdida de algo sustancial. Esta renuncia no es otra que renuncia de goce, del goce sobre el cual recaen las primeras prohibiciones paternas. No es otra cosa lo que dice Freud (1929) cuando señala que la cultura se asienta sobre el dominio de las pulsiones.

Esta falta será una falta fecunda, ya que la pérdida es condición de los intentos de recuperación, que harán del goce un goce significantizado, apalabrado, posible, de relación con el otro, el partenaire. Es un goce regulado por la cultura, por el Otro simbólico, aquel que demanda que el sujeto se ins-

criba en él bajo las insignias del trabajo, del amor, de la paternidad y la maternidad, de la descendencia, en fin, de los ideales. El Otro hace pasar el goce por la ley de lo permitido y lo prohibido. “El goce está interdicto a aquel que habla como tal, o también, que no puede decirse sino entre líneas para cualquiera que sea sujeto de la Ley, puesto que la ley se funda en esa interdicción misma”. (Lacan, 1960)

Sin embargo, no todo es significable del goce, no todo pasa por los desfiladeros del significante, y podemos apreciarlo allí donde lo simbólico cojea. La problemática de las adicciones nos llevará precisamente a este punto.

Lacan extrae el concepto de goce de la filosofía del derecho. Allí aparece como lo subjetivo, lo particular, lo imposible de compartir e inaccesible al entendimiento. Por contraposición al deseo, como objetivo, universal, sujeto a legislación. Dirá Hegel (1810): “Si digo que una cosa también me gusta, o si me remito a mi goce, sólo expreso que la cosa vale así para mí. Con ello he suprimido la relación posible con otros, que se basa en el entendimiento”.

El Otro, la Ley, obliga a la renuncia al goce, ya que el ingreso a las estructuras de la intersubjetividad implica someterse a las leyes de transacción del Otro. El goce de los bienes estará entonces del lado del objeto, distinguiéndose del deseo. El goce es usufructo, apropiación del objeto que oculta una expropiación.

Por fin, la droga

Un abordaje posible de la cuestión es pensar lo que el psicoanálisis ha llamado “discurso del capitalismo” en su relación al sujeto. Cada discurso implica una forma distinguida de lazo social y diferentes regímenes de goce. (Lacan, 1970)

El discurso del capitalismo sería: Un sujeto, que en su falta de goce estructural, demanda al saber científico la producción de

un objeto capaz de un goce que sin consecuencias venga a cerrar su división. Estamos hablando entonces de la posición del sujeto en este discurso.

Por otra parte, podemos señalar una interesante relación entre ciencia y técnica: La producción de objetos tecnológicos para el consumo masivo implica la oferta de un goce que se ofrece a todos por igual. En forma paralela el ideal científico se refiere a un pensamiento que anula la particularidad del sujeto, para centrarse en la producción de saberes unificantes, válidos para todos. (Sinatra, 1992 / Tarrat, 1992).

La droga es cada vez más paradigma de los objetos producidos por el progreso científico, y en tanto objeto de la técnica como lo es hoy, no es ajena al funcionamiento del mercado. La lógica de su circulación está inserta en las mismas leyes de regulación.

Por otra parte, **si se puede decir que la drogadicción es un síntoma moderno, es en el sentido de esta relación con la ciencia y la técnica como impronta peculiar de esta época, ya que alcohol y drogas hubo siempre.** (Sillitti, 1992).

Las paradojas de la droga

Es interesante apreciar las homologías que aparecen entre el discurso social y el de los drogadictos:

1. Ambos apuntan a la supresión de un malestar.

Desde el Otro social, la supresión muchas veces violenta de esto que aparece como un síntoma social; desde el adicto, la supresión del malestar a toda costa, aún del propio sujeto.

2. Ambos sitúan la causa en la droga.

En efecto, los representantes del discurso social y los mismos adictos, sostienen la óptica de la eficacia devastadora de la sustancia.

Si lo que se toma como causa de la drogadicción es la sustancia, se llega a dos imposibles:

1. Si la droga es objeto de un negocio de cifras fabulosas, cómo suprimirla en el marco de un sistema cuyo centro es la producción y el consumo.

2. La causa, en tanto se sustancializa, no hace enigma, no deviene en pregunta, ni para el sujeto ni para el Otro social, eliminando la dimensión sintomática del fenómeno. Preservarlo en su estatuto de síntoma implicaría dar lugar a una interrogación, que permita develar aquello que tramita, qué verdad denuncia.

El "nombrar" a los adictos

"Una cosa no existe (no tiene existencia simbólica) sino a partir del momento en que es netamente nombrada por alguien" (Lacan, inédito)

Mientras la drogadicción pretende sacar carta de ciudadanía en la psicopatología actual -ya que se debate si es una estructura, un síntoma, sociopatía o compulsión- sin embargo, como categoría social parece ya establecida.

El "soy drogadicto" que constituye la forma de presentación de muchos de estos sujetos, funciona como un nombre con el que se designa (se identifica) a alguien de forma generalizada. Es decir, es una operación que termina dándole una marcada identidad a un ser que debería supuestamente desprenderse de ella; se los identifica de esta manera en los actos públicos de convocarlos a tratamiento. **Se los identifica con su condición de satisfacción, satisfacción que se trata justamente de cuestionar.**

Sólo podemos decir del "ser adicto" que es un sujeto que define sus condiciones de existencia a partir de una condición de satisfacción.

El encuentro con la droga que lleva a un sujeto a decirse adicto lo ubica en una relación exclusiva con ese objeto. Es una respuesta por la vía de una identificación bruta al significante; bruta en el sentido que hace del significante un signo, porque no remite

a otro significante para producir efectos de significación que conmuevan esta aparente identidad lograda. **El efecto es la ilusión de identidad entre el nombrarse drogadicto y lo que ello quiere decir.**

Los adictos, más allá del nombre

"El drogadicto es un sujeto que ha entrado en cierta relación con la droga y que conciente en definirse cada vez más, en simplificarse a sí mismo en esta relación con la droga" (Miller, 1989)

Si el "soy drogadicto" nos remite a una identificación, podemos sostener que el sujeto se aliena en esta identidad paradójica en tanto que toma un significante del discurso social, y lo hace suyo, desconociendo justamente que le viene del Otro.

Para nosotros, sostener a la drogadicción como una categoría unívoca es reduplicar la categoría creada desde el discurso social, que no hace otra cosa que responder a problemas que conciernen al mantenimiento del orden público. Entonces, "situar la función toxicómana permite desustancializar la categoría social toxicómana, ya que aquella indicará la particular relación de un sujeto con la droga de su elección, indicando en cada caso un valor a determinar por la específica conexión entre las variables intervinientes y las constantes de goce para ese sujeto (...). El concepto de función implica un procedimiento que permite traducir enunciados singulares de existencia ("ser toxicómano") a términos lógicos: pase del plano ontológico existencial al plano semántico. De este modo, dejamos de adscribir una sustancia a un ser, para proceder a situar el lugar que ocupa esa droga en la economía de goce de un sujeto". (Sinatra, op. cit.)

La cultura obliga a hacer del goce, lazo social; goce no autístico que incluya al otro (el partenaire) y regulado desde el Otro (la cultura). Es decir, que el sujeto funcione por los carriles de los Ideales, de lo que sirve

para algo, más allá de su propia autosatisfacción.

Lo que observamos en los adictos es más bien que la droga se transforma cada vez más en el partenaire exclusivo del sujeto; circuito de goce que hace cortocircuito con el Otro, impugnando la exigencia de ese Otro social y de la cultura de renuncia y de recuperación de algo del goce a través del "para todos".

La droga se hace objeto de una necesidad imperiosa que no acepta diferimiento ni sustitución. Este goce peculiar queda entonces fuera de discurso, rechazante del vínculo social, rechazante de la Ley del Otro.

La droga aparece como respuesta que impide toda pregunta sobre el sujeto, toda pregunta dirigida al saber. Postura curiosamente compartida por el discurso social, que permanentemente cristaliza sentidos (drogadicto-delincuente / drogadicto-enfermo) impidiendo que este fenómeno haga síntoma, es decir, haga incógnita.

Trabajar con las discontinuidades

"Lo que se llora ahora no es la desaparición de la historia, sino la de esa forma de historia que estaba referida en secreto, pero por entero, a la actividad sintética del sujeto. Lo que se llora es ese devenir que debía proporcionar a la conciencia un abrigo más seguro, menos expuesto que los mitos, los sistemas de parentesco, la lengua, la sexualidad o el deseo; lo que se llora es ese uso ideológico de la historia por la cual se trata de restituir al hombre todo cuanto desde hace más de un siglo no ha cesado de escapársele". (Foucault, 1969)

El rasgo en común de las hipótesis teóricas adoptadas en este proyecto de investigación consiste en la acentuación y relieve de la idea de discontinuidad; pensamos que también su articulación debe respetarla, es decir, no terminar proponiendo una conjunción del estilo de lo "psico-cultural", sino intentar sostener las específicas enunciaciones y miradas que implica cada campo.

Esta noción que tomamos de Foucault implica un corte con toda idea causalista y teleológica, y la crítica a las unidades que se presentan como "naturales", donde la particularidad del acontecimiento se hace difusa. Esto llevará a la multiplicación de niveles de análisis, poniendo en cuestión la idea de una totalización.

La consecuencia será que la discontinuidad se transforma en un concepto operatorio, no un obstáculo a reducir.

Si se suspenden todas las formas de continuidad, se despliega un campo concreto de enunciados efectivos en su dispersión de acontecimientos. La pregunta será: ¿Cómo ha aparecido tal enunciado y ningún otro en su lugar?

Se trata de captar el enunciado en su acontecer, condiciones de existencia, límites y correlaciones con respecto de otros enunciados que puedan vincularse con él, de mostrar qué formas de enunciados excluye.

Foucault considera al discurso no como un efecto de superficie que expresaría una profundidad donde habría que buscar la verdad de lo expresado, no como puro hecho de pensamiento o hecho lingüístico, tampoco como expresión de ninguna infraestructura (económica, cultural, social), sino como acontecimiento irreductible. Dice J. M. Barbero (1987): "El discurso es poder, lugar de una lucha específica por el poder, y esta lucha forma parte de sus condiciones de producción y circulación, de manera que estudiar las reglas de engendramiento de los discursos es estudiar reglas y relaciones de poder".

Consideramos al discurso como una formación de enunciados, enunciados que construyen los objetos, conceptos, sujetos y estrategias de los que habla.

El objetivo de nuestra investigación es entonces la identificación y descripción de las formaciones discursivas que en un juego estratégico construyen objetos, conceptos, y sujetos en relación a la drogadicción, teniendo en cuenta que el saber se genera en un

campo de oposiciones, acciones y reacciones; saberes que se constituyen a partir de las prácticas sociales. Nos planteamos entonces, qué saber se ha objetivado sobre la drogadicción.

Esta metodología supone que los fenómenos son sociales en la medida y con las características que les confieren la/s interpretación/es que reciben y que este proceso de significación se produce y se puede recuperar a través de la textualidad en determinados discursos y la posibilidad de identificar dichos corpus, aunque no agotarlos.

Lo extradiscursivo sin duda transfiere su contingencia a los discursos, les fija límites. En efecto, no se puede decir cualquier cosa, en cualquier tiempo y lugar, sin que exista un conjunto de condiciones de posibilidad para su producción discursiva.

De esta forma, por ejemplo, se podría correlacionar la evidente necesidad de controlar el negocio del narcotráfico por cuestiones económicas y políticas, con el deslizamiento en el campo del saber sobre la drogadicción, donde el predominio de la asociación adicto-enfermo parece estar dejando su lugar, sin sustituirlo completamente, a la asociación adicto-delincuente, enfermo social, etc.

En relación a estas cuestiones iniciales se está trabajando sobre un corpus delimitado de la siguiente forma:

1. Corpus de documentos oficiales (Naciones Unidas, Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico y Secretaría Provincial de Prevención y Asistencia de las Adicciones)
2. Corpus de medios gráficos, propaganda audiovisual sobre el Uso Indebido de Drogas y publicidad en general.
3. Corpus de encuestas.

Las operaciones sobre el corpus conducirán a identificar en la descripción de las formaciones discursivas las operaciones cognitivas a través de las cuales la cultura está construyendo el objeto "adicción".

Este objeto creemos -es una de las hipótesis que guían nuestro trabajo- permitirá establecer series de equivalencias entre la adicción a las drogas y el consumo en general.

Esta hipótesis se sustenta en la idea que el consumo es elemento central de nuestra cultura, que sostiene un ideal de bienestar como figura objetiva de la felicidad, es decir, medible en objetos. Este ideal de bienestar tiende a la reproducción de un "estilo de vida" y a la universalización de ese estilo, poniendo en primer plano la cuestión del objeto.

Por lo tanto, el hecho de sostener un ideal a través del consumo, parece proponer una actitud adictiva de completamiento con el objeto, como rasgo relevante de este tiempo histórico.

La adicción a las drogas no sería entonces una conducta marginal, como pretenden los organismos que trabajan en el tema, sino parte de una tendencia general, con lo cual la pretendida voluntad de "reinserción de los adictos" actúa como desconocimiento o franco ocultamiento de algo que es inherente a nuestra época.

NOTAS

Barbero, Jesús Martín

1987 **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía.** Ed. G. Gilli. México.

1987 **Procesos de comunicación y matrices de cultura.** FELAFACS. Ed. G. Gilli. México.

Canclini, Néstor y otros

Comunicación y culturas populares en Latinoamérica. Seminario CLCS. Ed. Gilli. México.

Gramsci, Antonio

1972 **Los intelectuales y la organización de la cultura.** Ed. Nueva Visión.

Hegel, K.

1810 **Propedéutica filosófica**

Lacan, Jacques

1953 "Función y campo de la palabra y el lenguaje en Psicoanálisis". En **Escritos.** Ed. Siglo XXI

1960 "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconciente freudiano". En **Escritos.** Ed. Siglo XII.

1970 **Seminario XVII.** Ed. Paidón

1984 **Seminario XI.** Ed. Paidós.

Inédito. **Jornada de Estudio de los Cárteles. Sesión de Clausura.**

Miller, Jacques

1989 **Para una investigación sobre el goce autoerótico.** En "Sujeto, Goce y Modernidad". Ed. Atuel.

1990 "La psicosis en el texto de Lacan". En **La psicosis en el texto.** Ed. Manantial.

Mingione, Enzo

1993 **Las sociedades fragmentadas. Una sociología de la vida económica más allá del paradigma del mercado.** Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. España.

Peresson, F.; Mariani, E.

1992 **Proyecto de Investigación: Comunicación, medios, cultura: un intento de articulación.** Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP

Sillitti, Daniel

1992 "La eficacia del nombre: los llamados adictos". En **Sujeto, Goce, Modernidad.** Ed. Atuel.

Sinatra, Ernesto

1992 "Variantes del argumento ontológico en la modernidad". En **Sujeto, Goce, Modernidad.** Ed. Atuel.

Tarrab, Mauricio

1992 "...Mírenlos cómo gozan!". En **Sujeto, Goce, Modernidad.** Ed. Atuel.

BIBLIOGRAFIA

Barbero, Jesús Martín

1987 **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía.** Ed. G. Gilli. México.

1987 **Procesos de comunicación y matrices de cultura.** FELAFACS. Ed. G. Gilli. México.

Braunstein, Néstor

1990 **Goce.** Ed. Siglo XII. México

Canclini, Néstor y otros

Comunicación y culturas populares en Latinoamérica. Seminario CLCS. Ed. Gilli. México.

Eideltztein, Alfredo

1995 **El grafo del deseo.** Ed. Manantial

Foucault, Michel

1972 **La arqueología del saber.** Ed. Siglo XXI

Freud, Sigmund

1905 **Tres ensayos para una teoría sexual.** Ed. Amorrotu

1929 **El malestar en la cultura.** Ed. Amorrotu

Lacan, Jacques

1953 "Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis". **Escritos.** Ed. Siglo XXI

1957 "La instancia de la letra en el inconciente o la razón desde Freud". **Escritos.** Siglo XXI

1960 "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconciente freudiano". **Escritos.** Siglo XXI

1964 **Seminario XI.** Ed. Paidós

Magariños de Morentín y otros

1992 **Introducción a la Semiótica de Enunciados.** IICS. UNLP

Miller, Gerard y otros

1991 **Presentación de Lacan.** Ed. Manantial

Mingione, Enzo

1993 **Las sociedades fragmentadas. Una sociología de la vida económica más allá del paradigma del mercado.** Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. España.

Sinatra, E. y otros

1993 **Sujeto, Goce y Modernidad.** Libro I y II. Ed. Atuel.

Steimberg, Oscar

1993 **Semiótica de los medios masivos.** Ed. Atuel